

“El valor del trabajo”

Prof. Dr. Juan J. Álvarez

(Lección magistral en la Graduación de los alumnos de los alumnos de Ingeniería Informática, Ingeniería Técnica en Informática de Gestión e Ingeniería Técnica en Informática de Sistemas).

[Curso 2011-12]

Con la venia.

Excelentísimo Sr. Vicerrector, Excelentísimo Sr. Padrino de las titulaciones de Informática, Autoridades académicas, querido Padre Justo, estimados padres, familiares y amigos de quienes hoy se gradúan, queridos colegas, queridos alumnos.

Se me ha encomendado la tarea de impartir la lección magistral en este señalado día y, aunque hacerlo supone sin duda una pequeña carga –para qué nos vamos a engañar-, también es para mí un honor y un placer; puede que un placer difícil de gustar, pero precisamente esos son los placeres más satisfactorios y provechosos. Quiero compartir con ustedes unas breves reflexiones acerca de una temática cuya elección puede parecer hoy un tanto sorprendente. Me refiero al trabajo, a su importancia y al valor con el que puede enriquecer a la persona y a la vida humanas.

Digo que puede parecer sorprendente que haya elegido este tema teniendo en cuenta la situación de crisis que, también en el plano laboral, nos está afectando tan gravemente. Sin embargo, quizás sea este, precisamente, un motivo añadido para tratar de esta cuestión. Además, si hay universitarios que estén a punto de culminar su proceso de formación con la esperanza –algunos incluso con la certeza- de que podrán desempeñar una tarea profesional acorde con lo que han estudiado, sois precisamente vosotros, queridos alumnos de Informática. En cualquier caso, independientemente de nuestra situación particular, espero que meditar con ustedes acerca del valor del trabajo sea algo enriquecedor para todos.

Veamos. A diferencia del resto de los animales, el hombre trabaja, es decir, se esfuerza en actividades que ponen en juego sus capacidades y a través de las cuales cultiva estas capacidades para obtener algo como fruto de ese ejercicio creador. En realidad, todo lo que en sentido amplio llamamos cultura no es en buena medida otra cosa que el resultado de ese esfuerzo creativo que es consustancial al ser humano y en el que, a la postre, el propio hombre también se educa y forja su personalidad.

El trabajo, por tanto, lejos de ser un castigo, debiéramos considerarlo como algo propio y específico de la condición humana y de su naturaleza espiritual, como uno de los factores básicos de nuestro desarrollo, como uno de los mejores medios, en definitiva, de “humanización”. Aunque esta afirmación pueda parecer chocante, especialmente a algunos, lo cierto es que el hombre está “hecho” para trabajar. Eso explica que los que trabajan suelen encontrar una íntima satisfacción personal en el ejercicio de su profesión, y también que los que no pueden trabajar o lo hagan en condiciones penosas se sientan rebajados o minusvalorados en su dignidad.

Pero analicemos con un poco más de profundidad esta cuestión. Ya los griegos distinguieron en el trabajo los dos aspectos que lo conforman: su aspecto objetivo y su aspecto subjetivo. Por el primero se entiende, sencillamente, el fruto o resultado del trabajo, su producto, eso que el hombre consigue crear con su esfuerzo. En cambio, el aspecto subjetivo hace referencia a la huella que el trabajo deja en el propio ser humano, al fruto que respecto de uno mismo el trabajador obtiene en términos de lo que podríamos llamar su “realización personal”.

Aunque no debiera ser así, no cabe duda de que, como cualquier otra actividad que el hombre lleva a cabo en el ejercicio de su libertad, si no se realiza como es debido o en las condiciones mínimamente exigibles, el trabajo también puede contribuir a la “deshumanización” de la persona. Nos perfeccionamos, en cambio, cuando trabajamos en un entorno amigable y “familiar”, cuando hacemos las cosas bien, cuando cultivamos nuestras capacidades y nos vemos reconocidos en el fruto de nuestro esfuerzo. Y esto es perfectamente posible cualquiera que sea el trabajo que uno desempeña.

No sé si han leído *Momo*, la novela escrita por Michael Ende (el autor de *La historia interminable*)¹. De ambas obras se han hecho versiones cinematográficas que, sin duda, nuestros hijos más pequeños conocen. Como su propio subtítulo indica, *Momo* es la extraña historia de los ladrones del tiempo y de la niña que devolvió el tiempo a los hombres. Su protagonista, Momo, es una niña pequeña que vive en una ciudad grande. Sin que nadie se dé apenas cuenta, su ciudad está siendo invadida por los extraños “hombres grises”, que roban el tiempo a los hombres. La novela narra en forma de cuento las peripecias por las que la niña pasa, junto con algunos de sus amigos, para liberar a sus conciudadanos y amigos de las garras de un estilo de vida que privilegia las prisas en lugar de la quietud, la utilidad en lugar del desinterés, la acción frenética en lugar de la contemplación. Pues bien, uno de esos amigos, Beppo Barrendero, me parece que describe muy bien esta forma “humanizadora” de enfocar la profesión, a la que me estoy intentando referir. Ende lo narra así:

“Beppo Barrendero vivía en una choza que él mismo se había construido, cerca del anfiteatro, a base de ladrillos, latas y cartón embreado. Era extraordinariamente bajo e iba siempre encorvado, por lo que apenas sobrepasaba a Momo. Siempre llevaba su gran cabeza, sobre la que se erguía un mechón de pelos canosos, un poco torcida, y sobre la nariz llevaba unas pequeñas gafas.

Algunos opinaban que a Beppo Barrendero le faltaba algún tornillo. Lo decían porque ante las preguntas se limitaba a sonreír amablemente y no contestaba. Pensaba. Y cuando creía que una respuesta era innecesaria, se callaba. Pero cuando la creía necesaria, pensaba sobre ella. A veces tardaba dos horas en contestar, pero otras tardaba todo un día. Mientras tanto, el otro, claro está, había olvidado qué había preguntado, por lo que la respuesta de Beppo le sorprendía.

Sólo Momo sabía esperar tanto y entendía lo que decía. Sabía que se tomaba tanto tiempo para no decir nunca nada que no fuera verdad. Pues en su opinión, todas las desgracias del mundo nacían de las muchas mentiras, las dichas a propósito, pero también las involuntarias, causadas por la prisa o la imprecisión.

Cada mañana iba, antes del amanecer, en su vieja y chirriante bicicleta, hacia el centro de la ciudad, a un gran edificio. Allí esperaba, con sus compañeros, en un patio, hasta que le daban una escoba y le señalaban una calle que tenía que barrer.

A Beppo le gustaban estas horas antes del amanecer, cuando la ciudad todavía dormía. Le gustaba su trabajo y lo hacía bien. Sabía que era un trabajo muy necesario.

Cuando barría las calles, lo hacía despaciosamente, pero con constancia; a cada paso una inspiración y a cada inspiración una barrida. Paso – inspiración – barrida. Paso – inspiración – barrida. De vez en cuando, se paraba un momento y miraba pensativamente ante sí. Después proseguía, paso – inspiración – barrida.

Mientras se iba moviendo, con la calle sucia ante sí y la limpia detrás, se le ocurrían pensamientos. Pero eran pensamientos sin palabras, pensamientos tan difíciles de comunicar como un olor del que uno a duras penas se acuerda, o como un

¹ M. ENDE, *Momo*, Eds. Alfaguara, Madrid, 1985.

color que se ha soñado. Después del trabajo, cuando se sentaba con Momo, le explicaba sus pensamientos. Y como ella le escuchaba a su modo, tan peculiar, su lengua se soltaba y hallaba las palabras adecuadas.

-Ves, Momo –le decía, por ejemplo-, las cosas son así: a veces tienes ante ti una calle larguísima. Te parece tan terriblemente larga, que nunca crees que podrás acabarla.

Miró un rato en silencio a su alrededor; entonces siguió:

-Y entonces te empiezas a dar prisa, cada vez más prisa. Cada vez que levantas la vista, ves que la calle no se hace más corta. Y te esfuerzas más todavía, empiezas a tener miedo, al final estás sin aliento. Y la calle sigue estando por delante. Así no se debe hacer.

Pensó durante un rato. Entonces siguió hablando:

-Nunca se ha de pensar en toda la calle de una vez, ¿entiendes? Sólo hay que pensar en el paso siguiente, en la inspiración siguiente, en la siguiente barrida. Nunca nada más que en el siguiente.

Volvió a callar y reflexionar, antes de añadir:

-Entonces es divertido; eso es importante, porque entonces se hace bien la tarea. Y así ha de ser.

Después de una nueva y larga interrupción, siguió:

-De repente se da uno cuenta de que, paso a paso, se ha barrido toda la calle. Uno no se da cuenta de cómo ha sido, y no se está sin aliento.

Asintió en silencio y dijo, poniendo punto final:

-Eso es importante”².

De la distinción entre el aspecto objetivo y el aspecto subjetivo del trabajo, y de lo que de ella se sigue, podemos extraer importantes consecuencias. En primer lugar, la conveniencia, más aún, la necesidad de que todo hombre pueda tener acceso al mercado laboral y pueda desempeñar un trabajo digno.

Además, si la persona es el sujeto del trabajo y este es un bien humano, se deduce con facilidad que no se puede tratar el trabajo como si de una simple mercancía se tratara: no puede ser objeto de compra-venta ni se puede enfocar como si fuera algo meramente objetivo. El capitalismo salvaje del siglo XIX incurría en este grave malentendido y aún hoy no estamos exentos de este peligro siempre que damos prioridad, por ejemplo, al capital sobre el trabajo.

Por último, aunque no menos importante, las condiciones laborales (el medio en el que se trabaja, el modo en que se trabaja y el salario que se percibe por ello) deben ser dignas, es decir, no pueden poner al trabajador en situación de amenaza a su integridad física o espiritual. Juan Pablo II expresó sintéticamente estos requisitos para un trabajo verdaderamente “humano” y “humanizador” de un modo muy preciso: “El trabajo está en función del hombre y no el hombre en función del trabajo”³.

Por lo que llevamos dicho creo que resulta evidente, además, que el trabajo tiene un componente ético esencial, pero no sólo por lo que toca a la defensa del trabajador y de sus condiciones laborales sino también por lo que se refiere a los derechos de aquél para el que se trabaja. Quiero reflexionar un poco con ustedes sobre este punto. No estoy hablando únicamente del empresario (no trabajamos sólo para alguien que sea

² *Ibidem.*, pp. 37-39. La actitud opuesta está representada por el barbero, el señor Fusi, convencido por los “hombres grises” de que ha de ahorrar tiempo (Cfr. Cap. VI).

³ *Laborem exercens*, 6, 7.

titular o propietario de nuestra empresa y con respecto al que tenemos ciertas obligaciones laborales). Me refiero, sobre todo, a la sociedad. O mejor, para evitar palabras que nos suenan algo abstractas, gastadas y casi hasta carentes de realidad, a los demás.

En efecto. El trabajo, la profesión, tiene siempre una importantísima dimensión de servicio social. Es un apunte que no creo que necesite de muchos comentarios y conecta directamente con uno de los objetivos fundamentales que nuestra Universidad se ha propuesto siempre alcanzar en sus alumnos. No obstante, a menudo lo olvidamos con demasiada facilidad: me refiero al hecho de que, por su propia naturaleza, el trabajo exige ser considerado como un servicio útil de alguna manera –por pequeña que sea- a la comunidad humana y al bien común.

Precisamente una de las circunstancias más habituales de “despersonalización” en el trabajo consiste en la ausencia de sentido y de utilidad en lo que uno hace. ¿Recuerdan al farolero que ocupaba el asteroide 329 en la obra *El principito*, de Antoine de Saint-Éxupéry? Siguiendo una consigna inmutable, al anochecer encendía su farol y lo apagaba al amanecer. Su trabajo, pensaba para sí el principito, “tiene sentido. Cuando enciende el farol es como si hiciera nacer una estrella más, o una flor. Cuando apaga el farol, duerme a la flor o a la estrella”⁴. El propio farolero se encontraba a gusto en esta tarea. Ocurrió, no obstante, que el planeta comenzó a girar cada vez más rápido y su oficio se convirtió en algo terrible: debía encender y apagar su farol a intervalos de un minuto, y lo que antes le parecía razonable comenzó a presentársele como carente de sentido y, por tanto, como insufrible. Y, sin embargo, a los ojos del pequeño –capaces de penetrar lo esencial e invisible- el farolero era el único personaje de todos los que había conocido en su viaje planetario que no le parecía ridículo. ¿Por qué? “Tal vez –nos dice- porque se ocupa de algo más que de sí mismo”⁵.

La lección es obvia. Cuando uno encuentra absurdo e inútil su trabajo, cuando se ve incapaz de reconocer su valor para sí y para los demás, difícilmente va a poder interpretar la tarea como un desempeño creador y a invertir esfuerzo alguno en ella. Además, de poco serviría recibir cuantiosos emolumentos por ello. Si diéramos un salario muy elevado a un obrero por la realización de un trabajo completamente inútil, por ejemplo cavar agujeros en la tierra y volverlos a llenar una y otra vez, probablemente lo haría teniendo en cuenta el dinero que se le ofrece, pero no tardaría mucho tiempo en desesperarse.

Por otro lado, el ambiente en el que el trabajo se desempeña también es una variable fundamental. Tenemos una prueba clara de ello aquí mismo, en nuestra Universidad. Suelo decir a mis alumnos el primer día de clase, cada curso, que el hecho de que hayan pagado una matrícula no condiciona en modo alguno que tenga que considerarles como “clientes”; yo les tengo, más bien, por trabajadores. Su trabajo es un trabajo eminentemente intelectual, pero trabajo al fin y al cabo. Pues bien, todos sabemos por experiencia la importancia que tiene el hecho de que el ambiente en la clase, aunque exigente, sea amistoso, incluso fraternal. Cuando el aire en el aula es irrespirable, ni el profesor ni los alumnos pueden dar lo mejor de sí mismos: se encuentran a disgusto, desmotivados, cualquier esfuerzo –por mínimo que sea- se convierte en una montaña imposible de escalar. En cambio, cuando el ambiente es positivo –y eso no surge casi nunca de manera espontánea, hay que cultivarlo, estar

⁴ A. de SAINT-ÉXUPÉRY, *El principito – Le petit prince*, ed, bilingüe de Enrique Sáinz Editores, México, 1994, pág. 70.

⁵ *Ibidem.*, pág. 73.

abierto a los demás, aprender a reconocer en cada uno lo que de valioso y amable pueda haber, perdonar...-, entonces, las cosas son radicalmente distintas. ¡Y cómo valoramos que sea así! En los últimos “ranking” de las mejores universidades, elaborados a partir de encuestas entre los propios alumnos, ¿no ha destacado precisamente nuestra Universidad por esto? Lo mismo ocurre cuando, desde la universidad, uno accede al entorno profesional. Haced lo posible para que, estéis donde estéis, el ambiente de trabajo sea amistoso. Empeñad en ello un esfuerzo aún mayor que el que invirtáis en el ejercicio de vuestra tarea y en vuestra promoción profesional: recibiréis a cambio un “salario” moral que no se puede compensar con dinero.

Termino. Desde la perspectiva cristiana que nos define, esta concepción del trabajo puede ser completada con otra nota que permite, además, escapar a cualquier peligro de utilitarismo. Pues para el cristianismo, el trabajo del hombre no es sólo un servicio al prójimo y al bien común que empieza recalando en los que uno tiene más próximos (la familia, tu país...), sino que se interpreta también como una cooperación en el plan Creador de un Dios que nos ha entregado el dominio sobre el orden material con el encargo de desarrollar este en su plenitud y de contribuir así también al progreso humano. Somos colaboradores del Dios que crea y sostiene el universo. ¿Acaso puede haber mayor dignidad?

Muchas gracias.

Pozuelo de Alarcón, 18 de mayo de 2012